

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



—¿Y dices que tu novio es tan rico?
—Ya lo creo. Tiene un millón de capital.
—¿Líquido?
—Sí. Comercia en vinos.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. BOSCH.—Barcelona.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 5,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 10,40 — |
| Año (52 —)..... | 20 — |

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 6,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 12,40 — |
| Año (52 —)..... | 24 — |

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

| | |
|-----------------|------------|
| Trimestre | 9 pesetas. |
| Semestre | 16 — |
| Año | 32 — |

ARGENTINA (Buenos Aires)

| | |
|---|--------------|
| Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856. | |
| Semestre | \$ 6,50 |
| Año | \$ 12 |
| Número suelto | 25 centavos. |

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

LOS FAMOSOS

POLVOS INSECTICIDAS

LEYER y COMP. ^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

Nuestros concursos

EL DEL MES DE ENERO

Como verán nuestros ilustrísimos lectores y airosas lectoras, en esta página de BUEN HUMOR van dibujados seis ciudadanos. Si se fijan ustedes un poco (que sí se fijarán), verán que Sama se ha hecho un pequeño lío al vestir y caracterizar a los seis susodichos ciudadanos, no sabemos si impensadamente o con la aviesa intención de armar el no menos susodicho lío. Pues bien; se trata de que corten ustedes con unas tijeras o con un serrucho las cabezotas de estos prójimos y sus talles correspondientes, tal como ustedes se figuren que son, y los vayan pegando con goma, sindetikón y paciencia en una hojita de papel, y nos los envíen en sobre abierto para que les cueste menos el sello, antes del 31 de enero (nuestros lectores y lectoras habrán seguramente subsanado el error de fecha que apareció en nuestro anterior número) de 1931, a las doce menos cinco de la noche, hora en que se cerrará con cerrojo este concurso.

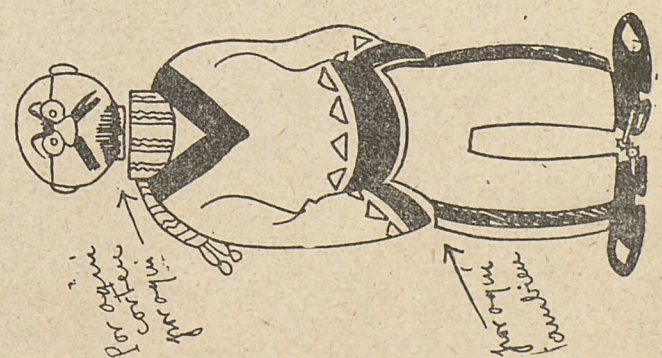
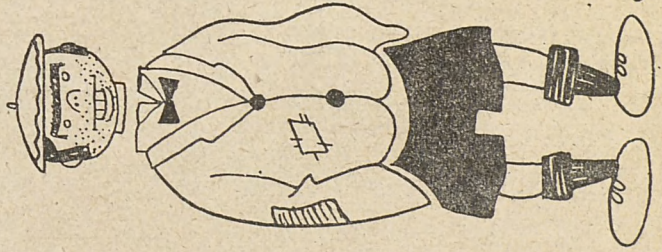
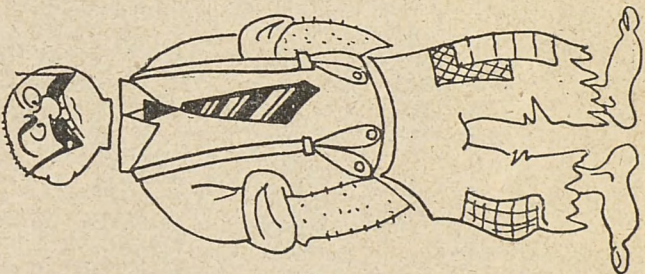
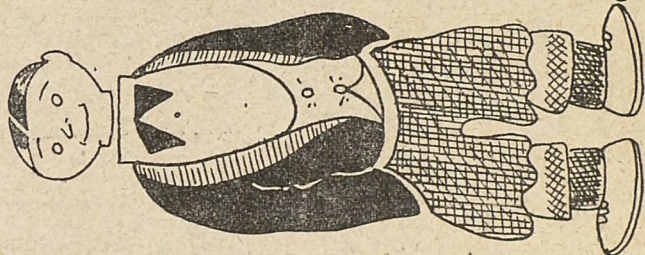
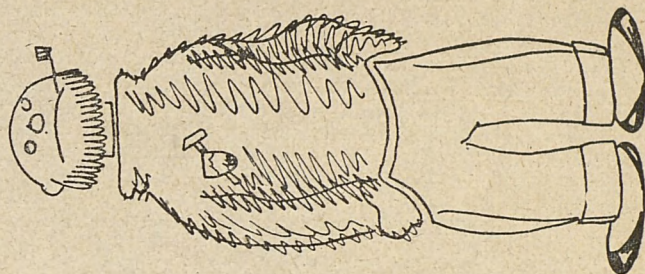
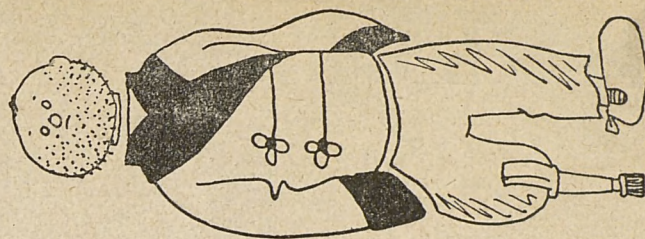
¡Ah! Se nos olvidaba decir que, como de costumbre, el premio será de

100 PESETAS 100

Conque ¡ánimo! y agarrarse a las tijeras.

Posdata. Me parece a mí que este concursito no lo acierta «naide»

S A M A

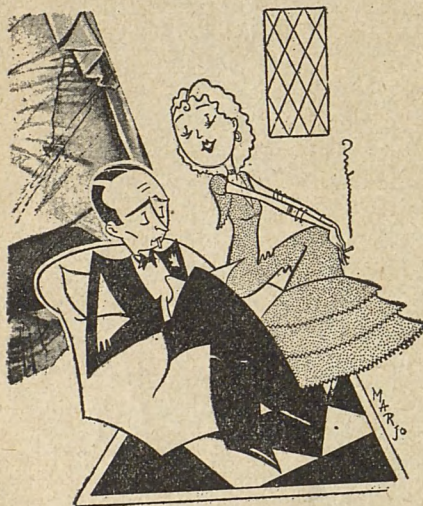


NUESTROS CONCURSOS

El del mes de diciembre

Tercera lista de solucionistas

"Kin-Hito".—Madrid.
Francisco González y González.—Pe-
ñaranda.
"Conabrilo".—Córdoba.
Antoñito Catonda Arnal.—Valencia.
José María Lozano Gruerte.—Albacete.
Hipólito Méndez Vigo.—San Esteban
de Pravia.
Amalia y Concha Degolladas.—Barce-
lona.
Amalia Muro.—Madrid.
Domingo Abril.—Teruel.
Juana Augeriz González.—Sevilla.



—¿Cuántos peces pescaste el do-
mingo?

—Seis, querida.

—¡Qué abuso! Esa maldita pescade-
ra me ha pasado la cuenta de ocho...

(De *Everybody's*.)

Guillermina Hallado Pérez.—Santan-
der.
Norberto Lumbreras.—Madrid.
Pilar Rosado.—Larache.
Asunción Sánchez.—Madrid.
Pelirroja.—Bilbao.
Tomás J. Aparicio.
Amalia y Celina Oliveras.—Barcelona.
Angelina de Murga.—Madrid.
Adolfo Hernández.—Madrid.
Chuca Fernández.—Gijón.
Miguel Bona Caballero.—Tudela.
Asunción Baslarreche.—Madrid.
Luis Carretero.—Madrid.
Poyatos.—San Lorenzo del Escorial.
Manuel Manzano Fernández.—Cádiz.
Enrique P. Abeantana.—Algeciras.
Nicolás Manzano Paniagua.—Marrue-
cos.
Julia Sánchez.—Valladolid.

"Vocal".—Castellón.
L. Millet.—Barcelona.
Antonio de la Roca.—Madrid.
José L. Andrés.—Rasueros.
R. de L.—Vigo.
Ignacio García.—Melilla.
Angelita Gómez.—Madrid.
Francisca Calle, V.^a de Bray.—Barce-
lona.
Victor G. Corral.—Madrid.
José García Reyes.—Albacete.
Angel García.—Madrid.
"La Cibeles".—Córdoba.
Olvido Meana.—Gijón.
Juan Fernández.—Bilbao.
"Monicranco".—El Ferrol.
María Luisa Tercero.—Madrid.
Jesús Gutiérrez.—Santander.
José Gabenell.—Tárrega.
Lourdes Cañellas.—Barcelona.
Palmira Girao.—Santander.
Patrocinio G.^a Hernando Bustamante.
Madrid.
Encarnación González Ruiz.—Madrid.
E. Matalí.—Valencia.
Lola L. Fernández.—León.
E. N. Sastre.—Melilla.
R. Cuevas.—Madrid.
Santiago Girao.—Santander.
Federico Sánchez Martínez.—Barce-
lona.
Emilia García.—La Coruña.
Angel García.—Santiago.
Gendrano.—Madrid.
Mely P. Torres.—Melilla.
Vicente Andrés.—Teruel.



El optimista. —¿Te casas conmigo
o no?

(De *London Opinion*.)

Alicia Lasanta.—Barcelona.
Enrique Artigao.—Albacete.
Juan Ramos.—Sevilla.
Luisa Gómez Gómez.—Barcelona.
Esteban Nalda.—Madrid.
José María Larrami.—Bilbao.
Pedro Robledo.—Santander.
"Felipe el Hermoso".—Tetuán.
Ana M. Pérez Fernández.—Madrid.
Manuel Ordóñez.—Sevilla.
María Narcisa Ordóñez.—Sevilla.
Mercedes Pedrajas.—Sevilla.



—¿Por qué os reís de esa manera?
—Reímos, porque los lectores creen
rán encontrar aquí algo gracioso, y
no hay nada de eso.

(De *Fantoche*, México.)

"Un fisonomista".—Madrid.
Antonio Iturriazagoitiaga.—San Sebas-
tián.
Ramiro Larios.—Madrid.
Lola González Rivera.—Tetuán.
Elisa Aguilera.—Tetuán.
Fernando Estrada.—Barcelona.
E. Pachín.—El Ferrol.
Domingo Betones.—Madrid.
José Pamplona.—Zaragoza.
Luis Guinea.—Madrid.
Rosario F. Capalleja.—Navelgas.
Rosario L. Bengoría.—Madrid.
Teresita Sala.—Irún.
M.^a Dolores Lázaro.—Pamplona.
Joaquín Calvo.—Castellón.
Alejandro F. de la Pradilla.—Logroño.
Pulpy.—Palencia.
Carmen G. Emperador.—Oviedo.
Carmen Foy Pérez.—Barcelona.
Juan C. Rubio.—Barcelona.
José Vincent Aguilar.—Zaragoza.
Cristóbal Torres.—Melilla.
Pilar Gillis.—Bilbao.

EL GRILLO



ri..., cri..., cri...

Doy dos vueltas en la cama...

—Cri..., cri..., cri...

Doy un salto.

—Cri..., cri..., cri...

Doy un puñetazo en la mesilla de noche y adelanto el despertador dos horas.

—Cri..., cri..., cri...

Ea, ya no resisto más. Me tiro de la cama maldiciendo de los vecinos de abajo. ¡Que todas las noches me pase lo mismo, caramba!

—Cri..., cri..., cri...

¡Ah, qué idea!... Corro a ponerla en práctica... Voy a la cocina, me hago con un cordel, doblo un alfiler, y a guisa de anzuelo lo ato a un extremo de la cuerda... Corro a la ventana, lanzo el cabo al espacio y busco en la oscuridad...

¡Ya lo pesqué!... Tiro y la jaulita llega a mis manos... Loco de gozo extraigo al repugnante bichejo y lo sumerjo en la jarra del agua... Se convulsiona, cricrea desesperadamente... Luego, nada... El cri-cri ha cesado para siempre...

Enajenado de júbilo, me arrebujé dichoso entre las néveas sábanas, y Morfeo, el buen Morfeo, muy pronto me sume en su inconsciencia...

—Cri..., cri..., cri...

Morfeco se asusta y me suelta... Aterrado, abro los ojos.

—Cri..., cri..., cri...

¿Es pesadilla? ¿Es alucinación de mi mente?

—Cri..., cri..., cri...

¡Horror!... ¡En la ventana han puesto otro grillo!... Indudablemente tienen grillos de repuesto!... Pues ¡a pescar otra vez!... El segundo bichejo corre la suerte del primero, sólo que a éste le ahogo en aceite de hígado de bacalao.

Vuelvo a dormirme más tranquilo.

—Cri..., cri..., cri...

—Cri..., cri..., cri...

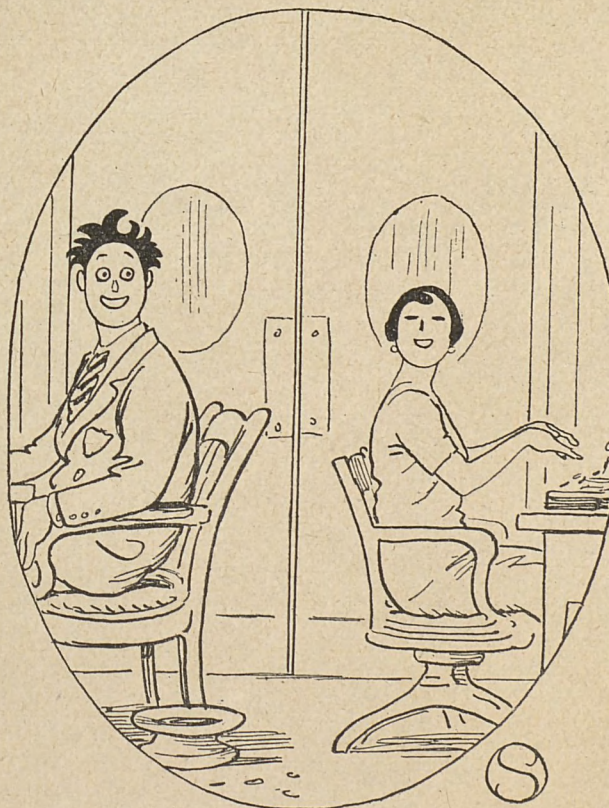
¡Oh, espanto!... ¡Ahora son dos!...

Abro el cajón de la mesilla y busco con mano trémula la pistola; apoyo el cañón en mi sien y disparo... No me mato porque tengo la buena costumbre de dejarla siempre descargada; pero, de todos modos, así para un desahoguillo sirve...

Logro pescar las dos jaulas. De un alfilerazo ensarto a ambos ortópteros.

A los cinco minutos, seis grillos a la vez interrumpen mi seráfico reposo.

Mi mano crispada, en el paroxismo de la locura, se apodera del cuchillo de la cocina, y decididamente lo dirijo a mi corazón... El cenicero, que me he puesto preventivamente, evita la tragedia... ¡Eso para que vean ustedes lo que vale ser previsor!



Dib. SILENO.—Madrid.

Creo inútil decir que los seis nocturnos cantores fenecen a mis mortíferas manos. ¡Pero, caray, por lo visto, esta familia se dedica al contrabando de grillos!

¿Cómo?... ¡Ahora son treinta los caprichosos animalitos que lanzan al viento sus alegres y deliciosos trinos! ¡Pero, recaramba!, ¿es que no voy a poder dormir?...

Cavilo media hora... Al terminar de pensar, ya he tomado una resolución...

Sí; decididamente, lo práctico no es asesinar a los grillos, sino asesinar a toda la familia del entresuelo. ¡Qué tonto! ¿Cómo no se me había ocurrido antes idea tan feliz?

Loco de alegría, cojo la pistolita, y esta vez bien *alimentada*, la empuño graciosamente y echo escaleras abajo. Antes de llegar al rellano oigo la voz del papá, que en la puerta despide a su cónyuge, a sus cinco hijos, a su cuñado y a las dos muchachas.

—Andad, corred pronto... Traedme en seguida un ciento de grillos.

Un fogonazo, otro fogonazo, otro, otro..., hasta diez... Un cuerpo que cae, otro que se desploma..., otro..., otro...

Río feliz, paseándome sobre mis víctimas...

Llega la gente... Me detienen... Me meten en un coche con rejas... ¡Al hotelito de la Moncloa!... Llego, me encierran y, cuando gozoso, pensando en la tranquilidad que me aguarda, me tiendo en mi inmundo camastro, la puerta de la celda se abre y una voz aguardentosa, acompañada de un ruido de hierros, me dice:

—Arriba, gandul, que aquí te traigo los grillos...

José ESTREMERÁ

EL BOLSO

CUADRO PRIMERO

UNA SALA. ES DE NOCHE

Mercedes y Carlos

Mercedes.—Ha estado Carola.

Carlos.—¿Qué ha dicho?

Mercedes.—Pequeñeces, bobadas...

Carlos.—¿Y Eduardo?

Mercedes.—Bien. ¡Pobrecillo!...

Carlos.—¿Qué le ocurre? ¿Está enfermo?

Mercedes.—No; es que... ¡Es un infeliz!...

Carlos.—¿Qué insinúas?

Mercedes.—¿A ti qué te parece, Carola?

Carlos.—A mí, la verdad..., me parece bien. Es hermosa, tiene gracia, anda bien...

Mercedes.—No lo creas.

Carlos.—¿Cómo?...

Mercedes.—No anda bien. Lee esta carta.

Carlos.—(Leyendo.) "Amor mío: Mañana jueves, uno de los tres días de

nuestra ideal semana reducida. Los otros cuatro son como las largas noches de aquéllos. Iré a las seis. Sé puntual. ¡Te amo, te amo! ¡Nadie podrá separarnos! Y al escribir esto pienso en "él" y en ti, y lloro y río. ¡Separarme de "él"! ¿Por qué no será posible, sin miedo al escándalo? ¡Separarme de ti! ¡Nunca!"

Mercedes.—Sigue. Son varias cuartillas.

Carlos.—¿De quién es esta carta? No tiene firma. Está incompleta.

Mercedes.—¿De quién ha de ser? ¡De Carola! Con seguridad, no tuvo tiempo de acabarla. Fíjate en la letra, menuda y nerviosa. Es la suya. Yo la conozco bien.

Carlos.—Es verdad. Y, sin embargo, no puedo creerlo.

Mercedes.—Eso hubiera dicho yo, también, de no tener la certeza...

Carlos.—¿Y cómo la has adquirido? Porque ella no te habrá confiado la carta...

Mercedes.—Claro que no. Verás lo que ha sucedido. Como te he dicho, Carola y yo estuvimos charlando, toda la

tarde, de cosas triviales: modas, espectáculos, crítica de amistades... La luz del día se fué extinguendo tras los tejados fronterizos. La sala había quedado cubierta de sombras, y nosotras éramos como dos más sobre la cama turca.

Carlos.—¿Dónde has leído eso?

Mercedes.—Déjame concluir. Yo, entonces, me dispuse a iluminar la habitación. Carola me disuadió, diciendo: "No enciendas. Yo me voy. Ya me he entretenido bastante." Y se puso en pie. Salimos. La acompañé hasta la puerta. Nos despedimos. Y, al volver, encontré su bolso de mano sobre una butaca.

Carlos.—¿Lo había olvidado!

Mercedes.—Exacto. Durante algunos minutos esperé que, al darse cuenta de su distracción, volviera sobre sus pasos a recoger el bolso. Pero transcurrió media hora y no se presentó. Como comprenderás, supuse que no lo había echado de menos.

Carlos.—Todo lo comprendo. Y tú, ya sin temor a ser sorprendida, efectuaste un minucioso registro en el bolso y diste con la carta delatora.

Mercedes.—Eso mismo. Pero por simple curiosidad, puedes creerme. Cómo iba yo a imaginar... Sólo quise conocer la clase de carmín que usa...

Carlos.—Hiciste mal.

Mercedes.—Ya lo sé. Pero no me arrepiento. Ten la seguridad de que ella, en mi caso, hubiera hecho lo mismo.

CUADRO SEGUNDO

UN GABINETE. HA TRANSCURRIDO UNA HORA

Carola y Eduardo. Ella acaba de llegar de la calle

Carola.—¿Qué contrariedad! He olvidado mi bolso en casa de Mercedes, y no me he dado cuenta hasta ahora mismo. ¡Qué cabeza la mía!... Vuelvo en seguida. Tomaré un "taxi".

Eduardo.—¿Qué prisa tienes? Espera a mañana, o manda a la doncella.

Carola.—¡No puede ser! ¡Lo habrá abierto!...

Eduardo.—No la creo tan indiscreta.

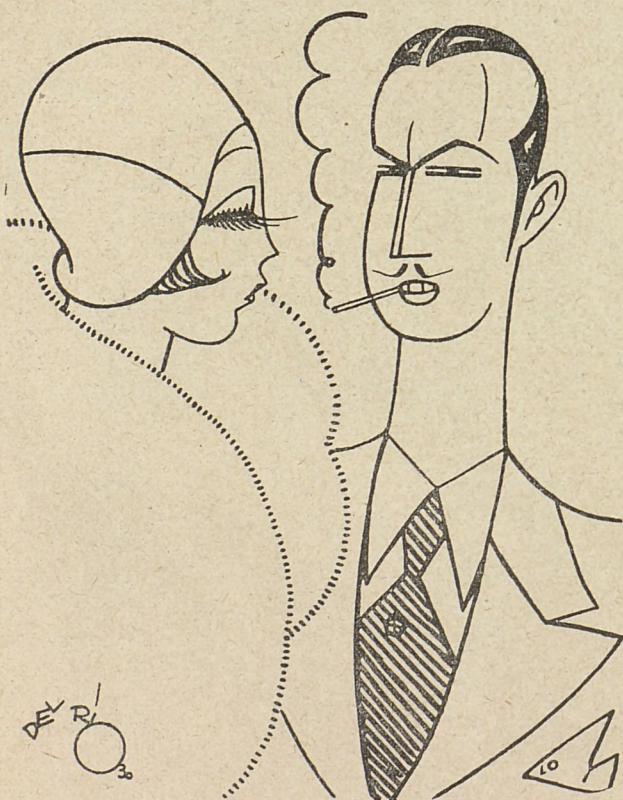
Carola.—¡Y lo habrá registrado todo! ¡Sí! Yo en su caso hubiera hecho lo mismo.

Eduardo.—Bien; y, aunque así sea, ¿qué te importa?

Carola.—¡Es que tú no sabes!... Acompáñame. ¿Qué habrá pensado? ¡Claro! ¿Qué va a pensar? ¡Yo pensaré lo mismo! ¡Y cualquiera!

Eduardo.—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?

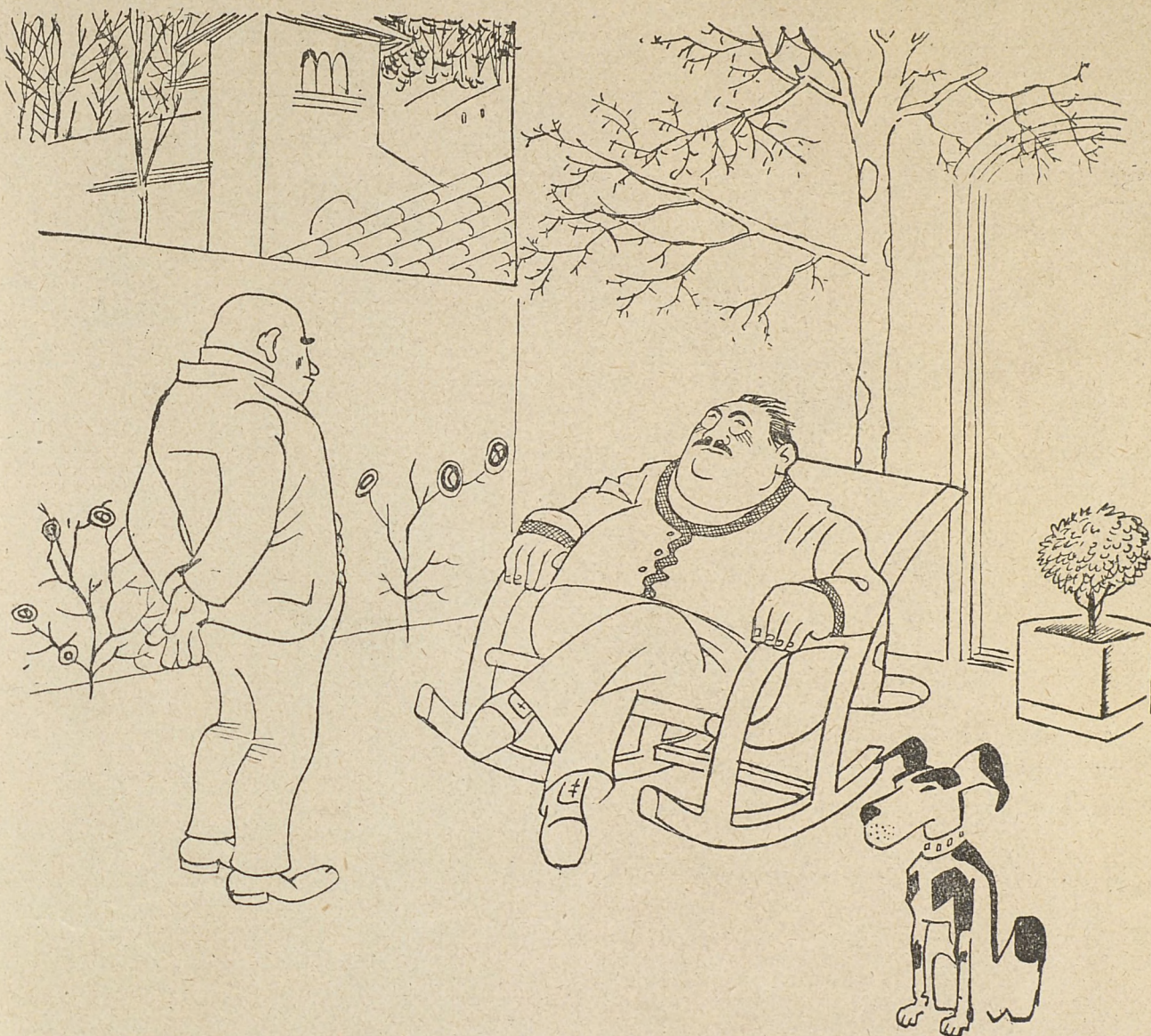
Carola.—Es preciso que me acompañes. Nuestra reputación está en peligro. ¡Corramos!



Ella.—Pero ¿por qué te empeñas en ir a tomar el vermouth?

El.—¡Porque me da la gana!

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.



—¿Usted ha sido criado alguna vez?
—Sí, señor; he sido criado con biberón.

Dib. CASTANYS.—Barcelona.

Eduardo.—Pero, dime...
Carola.—En el camino te lo explicaré.

CUADRO TERCERO

LA MISMA DECORACIÓN DEL CUADRO PRIMERO. UNA HORA MÁS TARDE

Mercedes, Carola, Carlos y Eduardo

Mercedes.—Pasad.
Eduardo.—Nada más que unos instantes.
Carola.—Me he encontrado con Eduardo en la puerta de casa y se ha empeñado en que viniéramos. Yo no quería...

Mercedes.—Mañana pensaba mandarte el bolso.

Eduardo.—Disculpadme. He comenzado a escribir una novela corta epistolar y quiero acabarla pronto. Y como...

Carola.—Yo soy su secretaria... ¿No te lo he dicho esta tarde?

Mercedes.—No.

Carola.—Pues sí. Eduardo tiene la costumbre de dictarme, y yo, con mi estilográfica, escribo cuanto se le ocurre. Esta tarde pensábamos trabajar en el campo. Tomé las cuartillas y las incluí en el bolso. Eduardo tuvo que salir con urgencia. Y yo, entonces, aproveché para venir a verte.

Mercedes.—¡Ah! ¿Sí?... No sabía... Carlos.—¡Feliz pareja! Sois tan dichosos como nosotros.

Eduardo.—¡Muy dichosos!
Carola.—¡Le amo, le amo! ¡Nadie podrá separarnos!

Eduardo.—¡Es una chiquilla!
Mercedes.—Ahí tienes el bolso, tal y como lo has dejado.

Carola.—Lo presumo. No hace falta que lo digas.

Telón.

PABLO TORREMOCHA



El.—¿Estás triste porque me marchó mañana, cielo?

Ella.—Sí, hijo; creí que te marchabas hoy.

Dib. Vázquez.—Madrid.

DE UNA MADRE CERRIL

“Señor don Juan... (aquí los apellidos). No sé si usted recordará mi nombre. Inés Burbuja de Champán me llamo. Sé que usted es amigo de la Xirgu, y a pedirle un favor me determino, desbocada y audaz. Dos hijos tengo, macho y hembra. Pepito, que es el macho, tiene un drama en diez actos solamente, que no lleva ni próculo al principio ni cartílago al fin. El desgraciado no ha podido colarlo en ningún *coli* por envidias rastreras. Y Castita, la muchacha infeliz de veinte abriles que llevé en las entrañas siete meses, me está pidiendo tablas, pues la bulle la sangre de Talía y de Mesejo; y aunque hablo de mi Casta a cien autores, lo cierto es que por nada de este mundo con-gestionan su entrada en el teatro; y eso que mucho adelantado lleva para ser una actriz inamovible, pues no puede mover el brazo izquierdo y en la pierna contraria bien quisiera tener la agilidad de las ardillas; mas sufre esparabanos la cuitada. ¿Cabe gozo mayor para una madre que sus hijas rebrinquen en escena?

Tuvo mi Casta preferencia siempre por el género chico. Mas no importa. Porque, sépalo usted, Casta hace a todo; pues lo mismo se atreve con *Maruxa*, que con *Carlos Segundo*, el *Hechizado*, y espera que en el clásico tablero pronto un hueco le harán de dama joven. Y mi pobre Pepito (que ya es hora de que entre en el Corral de la Pacheca) se aviene a que el señor que allí domina su sueldo justifique (¡sueldo *pringüe!*), haciendo los arreglos necesarios en el drama en diez actos aludido. El teatro Español ¿no es para todos, puesto que a nuestro pueblo pertenece, según dice mi primo, el que es traspunte? Pues yo quiero sacar más de una raja del teatro en que Rivas *cheriféa*. No le digo a usted más. Usted que bulle con Marquina, con Hoyos y con *tutti*, hará porque, en su día, a mis dos hijos los lleven al Corral de la *Pachelo*. Perdone que le escriba en verso libre, ya que yo libre soy, como el pardillo. Gracias mil de esta madre que le estruja y le besa la mano, Inés Burbuja.”

Por la copia,

JUAN PEREZ ZUÑIGA



—¿Y usted misma se corta los trajes? ¡Qué mañosa!
 —Pues, hija, nosotras nos los cortamos unas a otras... y encantás...

Dib. CASERO.—Madrid.

Consultorio de «Buen Humor»

FIDENCIO AGARRAGORRO. BILBAO.—No, señor. Los negros de Guinea no son cobardes como usted supone con ligereza censurable. ¿Cómo quiere usted que sea posible que un negro sea un blanco?... ¡No hay manera humana, caballero!...

ATILANO MENJURGE. TERUEL. El único caso raro que no hemos podido descifrar en nuestra vida es el siguiente: ¿Por qué insondable misterio los relojes de pared, después de dar las medias, no se quedan con las piernas al aire?

Y, nada, que no lo averiguamos.

Ya está usted satisfecho en su frenética curiosidad.

MAGDALENA DURA. BARCELONA.—En efecto, señorita. Las parejas de novios que van al cine a expresarse su amor con vehemencia tenebrosa, realizan un acto incorrectísimo.

Porque es que toman la película de pantalla...

Y ya usted me entiende.

De modo que no haga usted nunca eso, salvo en el caso de que lo haya hecho ya cuando lea estas líneas, que en-

tonces sí que no hay forma de arreglar el lío.

COSME TRIPABAJO. VALLADOLID.—Se va usted a extrañar muchísimo cuando se lo digamos, y hasta es fácil que se quede usted imbécil de resultas de la impresión, pero no por eso retrocederemos en nuestro empeño de ilustrarle.

Y allá va la contestación:

Hace tantísimo calor en la República del Ecuador, que la mayoría de los jóvenes ponen singular interés en hacerse Bachilleres lo más pronto posible.

¿Se explica usted la razón?

Porque es sencillísima.

El que logra hacerse Bachiller tiene el grado, como es natural. Y como en el Ecuador, a causa de la sofocantísima temperatura, tiene cincuenta grados todo el mundo, resulta que el que tiene un grado sólo está al pelo.

Y por eso sucede la barbaridad que acabamos de tener el supremo gusto de referirle.

ISIDORO CALDERETE. CIUDAD REAL.—El ilustre cineasta Buster Kea-

ton (*Pamplinas*) tiene, desde luego, una infinidad de admiradores en todos los puntos del planeta. Pero, sin embargo, uno de los sitios en que goza de más estruendosa popularidad es en las Islas Canarias, donde los espectadores consideran que su arte parece exclusivamente dedicado a divertirlos a ellos.

Se fundan, sin duda, en algo que se dice, hace ya tiempo, con carácter de sentencia indiscutible:

¡*Pamplinas*, para los canarios!...

MARIA LUISA MANGURCIADA. JEREZ DE LOS CABALLEROS.—Usted nos hace una consulta que no podemos contestar, porque nos da rubor escribir sobre esos asuntos antes de comer. Pero, en cambio, nos permitirá que nosotros le hagamos otra consulta a usted, bastante más difícil de resolver que la que usted nos ha hecho a nosotros.

¿Cómo demonios, siendo usted una señora, vive en Jerez de los Caballeros?

Porque no nos cabe en la cabeza que si en esa población viven damas, se tenga la infame falta de galantería de no llamarla como era lógico que se la llamase:

Jerez de las Señoras y de los Caballeros.

Esperamos con ansia inaudita su respuesta sobre el transcendentalísimo caso.

EVARISTO PICATUESTO. MADRID.—A veces, amigo mío, tragarse una aguja no es tan peligroso como usted se figura.

Aquí me tiene usted a mí, que hace un mes y medio escaso me tragué, no una, sino dos agujas, y todavía me acuerdo con placer del lance.

Bueno es advertir que eran dos agujas de ternera, pero el caso es que me las tragué, que es lo que yo quería decirle en demostración de que no hay peligro ninguno en hacerlo.

VICENTE TEROL TURULL. VALENCIA.—Está usted equivocado. Uzcudun no ha hecho nunca nada de eso. Y hay otra equivocación mayor en su carta. Al *Cortador de árboles* del tercer párrafo le sobra una hache.

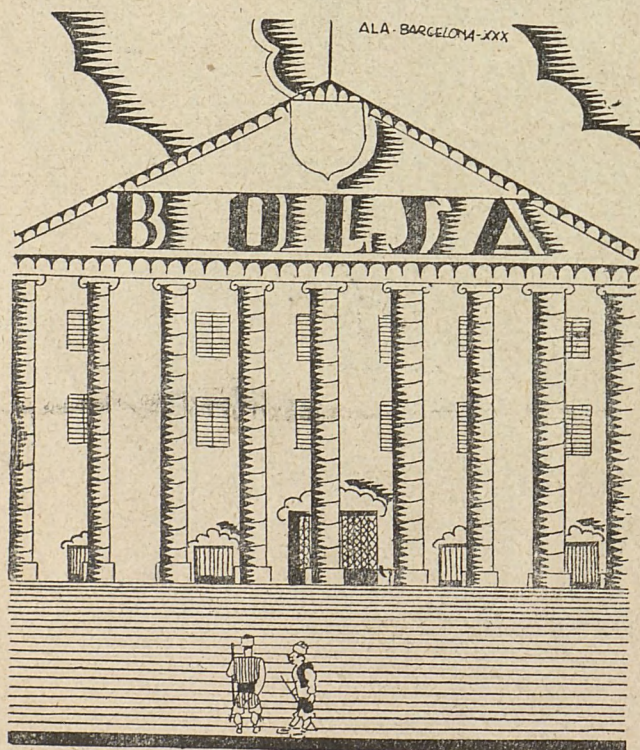
Y en cambio le falta un hacha, porque sin ella, ¿qué narices de árboles va a cortar?

ANSELMO RUIDERO. TOLEDO. Estamos absolutamente conformes con usted. En Toledo han pasado muchas cosas sorprendentes, que no han tenido lugar en otras poblaciones más anchas.

Por ejemplo: el Tajo ha crecido muchas veces y, en cambio, la campana gorda no ha vuelto a engordar desde hace la mar de tiempo.

¿Qué nos contesta usted a esto?

ERNESTO POLO

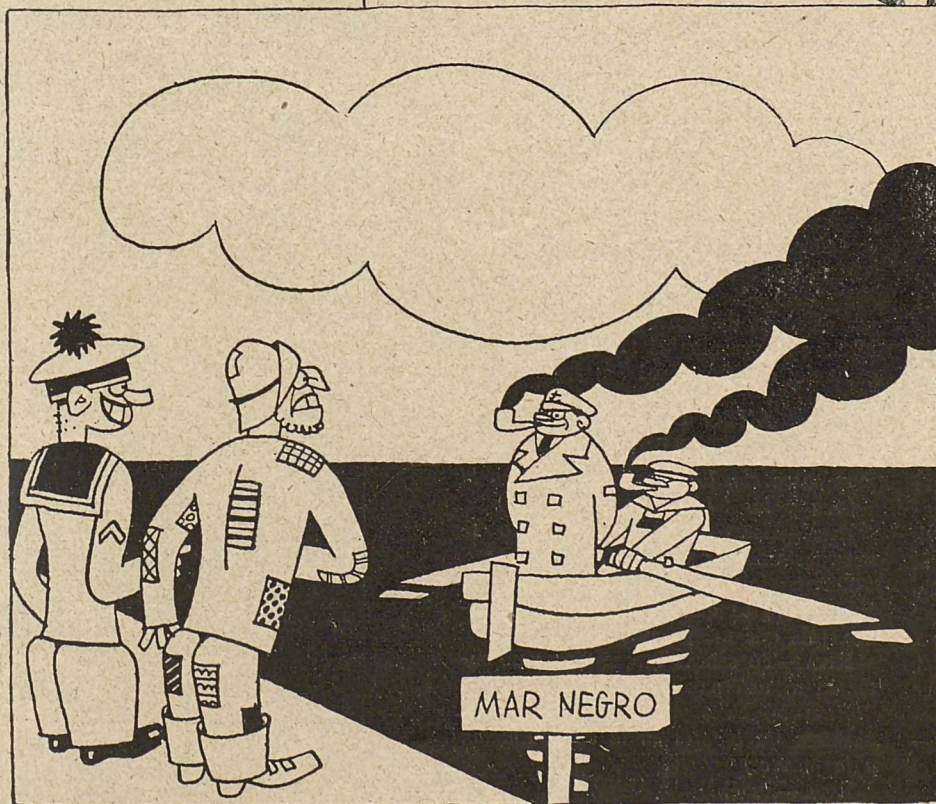
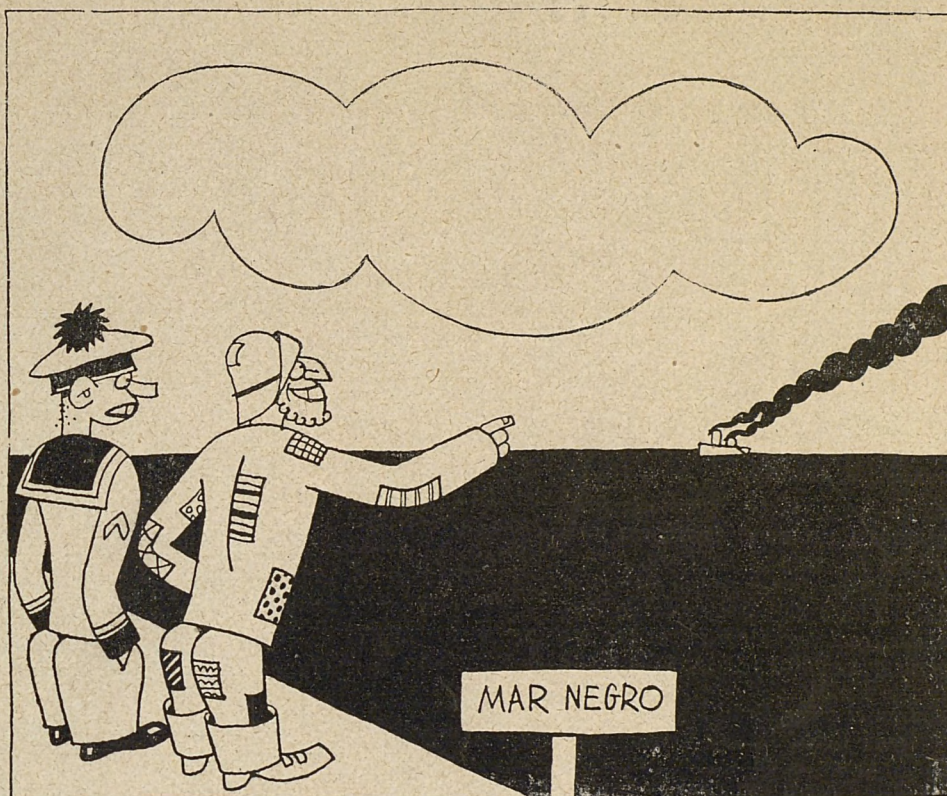


—Pues nos han engañado, maño. Tanto "icir" que la Bolsa sube y baja, y nosotros siempre la vemos en el mismo sitio.

Dib. ALA.—Barcelona.

HISTORIA DE MARI- NERITOS

El marino de la emul-
sión Scot.—A un viejo
lobo de mar como yo,
nunca le engaña la vista.
Aquello es un acorazado
de dos chimeneas, blinda-
do con plancha de acero.
Ya verás cuando se acer-
que.



El marino de los caca-
huetes.—Pues no se ha
“equivocao” usted mu-
cho; porque ahí están las
dos chimeneas y la plan-
cha.

Dib. GARRIDO.—Madrid.

El antepenúltimo monín

¡Qué bien sienta el cocido cuando el alma es honesta!

¡¡CHUPA DEL FRASCO, CARRASCO!!

Melodrama asainetado, al modo arnichesco, para llorar, reír y cobrar buenos trimestres, a partes iguales.

ACTO PRIMERO

(Un puesto de gallinejas. En el puesto, la caldera, las gallinejas, el olor de las gallinejas y Rita. Rita es el ama del puesto. Está triste y notoriamente preocupada, como puede verse.)

RITA.—Estoy triste y notoriamente preocupada (la causa de la tristeza y de la notoria preocupación es Rufo, porque Rita exclama inmediatamente): ¡Ese Rufo!... (Rufo debe ser un sujeto despreciable, cual puede apreciarse por las palabras que siguen) ¡Qué canalla y qué cerdo ese Rufo!

(Entran el señor Damián y su parienta, la señá Celes. Vienen a regodearse con la tragelación de sendas gallinejas, a la vez que hacen una escena episódica de ambiente.)

DAMIÁN.—Buenas y aceitosas. Esta mujer está triste.

RITA.—(Triste y notoriamente preocupada.) ¡Pobres hijitos míos!...

(Irrumpen en escena dieciséis niños que se cuelgan al cuello de Rita al grito de "¡Madre!", y que Rita recibe con los de "Hijo de mi corazón!" "Hijo de mis entrañas!", etc., etc. Cuando han terminado de salir niños se oye dentro el llanto copioso de otro de corta edad.)

DAMIÁN.—¿Pero quedan más?...

RITA.—El pequeño. Tiene once meses.

DAMIÁN.—¡Reugenesia!

RITA.—¡Diecisiete! Se dice pronto. Mantenga usted a todos estos legionarios con un triste puesto de gallinejas y, por si fuera poco, luche usted con ese canalla... Pero no quiero que los chaves se enteren de estas cosas. Andad, ricos, iros con vuestro hermanito, y si llora le metéis un cinturón en la boca.

(Todos se retiran menos David, que se queda escondido debajo de la estera. David es el hijo mayor, tiene treinta y cuatro años, pero ha crecido menos que un paraguas. En el momento actual posee cuarenta centímetros de estatura—exactamente igual que su hermanito el de los once meses—y unos magníficos bigotes. Anomalías.)

RITA.—¿Saben ustedes lo que me ha

propuesto ese hombre? Que abandone a mis hijos y me marche con él. Y como yo no quiero hacer esa gorriná, pues me amenaza con el embargo. Mi marido, que gloria haiga, le pidió prestas unas pesetas con la garantía del establecimiento. La deuda cumple mañana. Si no le pago nos pondrá a todos en mitá del arroyo.

CELES.—¿Y qué va usted a hacer?

RITA.—Pedir limosna por las calles, morirme de asco en el quicio de una puerta, si los serenos me dejan.

DAVID (Saliendo de debajo de la estera).—¡Eso, no, madre; eso, no! Yo me encargo de arreglar el asunto.

RITA.—¿Qué barbaridad te se ha ocurrido, hijo de mi bazo y de mi páncreas?

DAVID.—Salvarla a usted y salvar a mis desnutridos hermanitos.

RITA.—¿Sangre?

DAVID.—Ni gota. A la maldad no se la vence más que con un arma: ¡La astucia!

DAMIÁN.—¡Mi madre, lo que sabe este chico!

DAVID.—¿Ven ustedes que apenas llevo a la llave de la luz? Pues este pigmeo, este ser débil y desdichado, le va a ajustar las cuentas a ese gigante sin entrañas.

RITA.—¡Hijo de todo mi cuerpo!

DAMIÁN.—Señá Rita, tié usted un chavé como pa dejarlo en la ventanilla del Monte: ¡Vaya alhaja! ¡Fríale usted una gallineja, que yo pago!

ACTO SEGUNDO

(Al día siguiente. Rita y David. Este se pasea con los bigotes metidos en la boca y los labios bien apretados.)

RITA.—Estás nervioso, hijo. No te muerdas más los bigotes.

DAVID.—Se saca los bigotes de la boca.)—No es que me los muerda, madre. ¡Es que me preparo!

RITA.—Tú sabrás lo que dices; no entiendo ni una palabra.

DAVID.—¡Pues yo sí! (Se mete nuevamente los bigotes en la boca. Llamen a la puerta.)

RITA.—Es él.

DAVID.—¿Trae el documento en el bolsillo interior de la americana?



Ella.—No puedo aceptar sus relaciones. Usted demasiado joven.
El.—Bueno; entonces volveré mañana.

Dib. ALLOZA.—Zaragoza.

RITA.—Sí.

DAVID.—Perfectamente. (Vuelve a introducirse los bigotes en la boca y hace mutis. Rita abre y entra Rufo.)

RUFO.—Buenos y cupidescos.

RITA.—Buenos pa quien no te vea.

RUFO.—¿Ironizas? Pues vengo con la paz.

RITA.—Dile que pase.

RUFO.—No calamburees, que la paz que te traigo bien sabes tú cuál es.

RITA.—Disimula que te interrumpa, Rufo. ¿Tú sabes cuál es el colmo de un helao?

RUFO.—No se me alcanza a qué viene ese inciso refrigerante.

RITA.—La parte de arriba, ¿te enteras?

RUFO.—Está bien. Si quieres que me ría, me reiré. ¡Ja! Pero piensa que no he venido desde la Guindalera para celebrar un concurso de chascarrillos. Que he venido a decirte una vez más: Rita, vente conmigo. Tengo sacaos los billetes para Coimbra. La vida es nuestra. Los billetes son de segunda. Creo que me he portao.

RITA.—¿Insistes?

RUFO.—Hasta la sepelación. ¿Tú qué contestas?

RITA.—¿Y mis hijos?...

RUFO.—¡Bah! ¡Menudencias!... ¡Frivolidades!

(Dentro comienza a llorar el pequeño. Rita se levanta y vuelve trayéndolo envuelto en amplias mantillas y berreando a más y mejor.)

RITA.—Míralo, Rufo, y apiádate!

RUFO.—No me impresiona la ocarina.

RITA.—Ten compasión, Rufo! Espera.

RUFO.—Imposible. Los billetes vencen mañana. ¡O a Coimbra o al embargo!

RITA.—¿Lo quieres? Pues sea: ¡A Coimbra! Pero sin amor. ¡Obligada, forzada, asqueada!

RUFO.—No me importa absolutamente nada.

RITA.—¡Cobarde!

RUFO.—Eso me importa diez céntimos menos.

RITA.—¡Bajo!

RUFO.—Como si dijeras ático.

RITA.—¿Ático tú, y eres más grosero que un volquete de cebollas?... Me darás el contrato, ¿verdad?

RUFO.—Aquí lo traigo. En cuanto lleguemos al Entrocamento tú misma lo rompes.

RITA.—Sea. Toma el chico, que voy a despedirme de los otros y por una muda. (Le da el niño y Rufo lo mece.)

RUFO.—Si lo haces por aguararme el festival pierdes el tiempo. No me conmuevo ni que me traigan la Inclusa en pleno con hambre de siete meses.

RITA.—¡Fiera!

RUFO.—Los niños sólo me parecen bien como ingredientes de la paella.

RITA.—¿Alguno pué que te dé lo que mereces!

RUFO.—¡Jalá, jalá, jalá! ¿Vamos?

RITA.—Vamos.

(El niño que Rufo tiene en brazos, que no es otro que David—el cual, gracias a su pequeña estatura y a que ha estado todo el tiempo con los bigotes metidos en la boca se ha hecho pasar por su hermanito el de los once meses—da un salto desde los brazos de su niño, se planta delante de él, escupe los bigotes, y dice con arrogancia):

—¡Un momento, amigo!

RUFO.—¡Mi madre!... ¿Tenía yo en brazos un niño, o un sargento de la Remonta?

RITA.—¡¡David!!

DAVID.—Yo mismamente, madre, que me he hecho pasar por Cefe para arrebatarle a este hombre el documento.

RUFO.—¿Mi documento?... ¡Es verdad!... ¡Canalla!

(Entran el señor Damián, la señá Celes y treinta o cuarenta personas castizas. El honrado pueblo festeja la proeza de David.)

PUEBLO.—¡Ja, ja, ja!

RUFO.—Sospecho que estoy pared medianería con el ridi.

PUEBLO.—¡¡Ja, ja, ja!!

RUFO.—Me asomaré a ver si pasa un "taxi" de cuarenta. (Va a hacer mutis, pero Damián se pone delante.)

DAMIÁN.—Un momento. Antes tengo que decirle la moraleja.

RUFO.—¿Ineludible?

DAMIÁN.—Totalmente ineludible.

RUFO.—Pues venga.

DAMIÁN.—Le pedí tela a un chaleco para hacerme un pantalón y no tuve, claro está, ni para un breve maillot.

Así es la vida:

¡Unas veces abajo y otras arriba! Ahora puede usted largarse cuando quiera.

(La moraleja produce un efecto fulminante. Nada más que oírla, el repugnante Rufo sale carburando como un Studebaker. Los cuarenta castizos, con esa hombría de bien con hongo pardo que ostentan allende las candilejas, se desencuadernan de gozosos y regocijados, y exclaman):

¡Se ha llevado chico chasco
Chupa del frasco,
Carrasco!

Telón, y a cobrar.

L. PIELTAIN

La callada por respuesta

Señor, estoy que echo lumbre, y con razón, ciertamente, porque hay, lector, mucha gente con la malsana costumbre —cosa que no se concibe y a mil perjuicios se presta— de dar, cuando se le escribe, la callada por respuesta. Y es claro, creará el lector que el que hace tal grosería es, sin duda, un cavador sin reglas de cortesía. Pues no es así, no, señor. Los rufianescos autores del salvajismo apuntado son letrados y escritores y algún cómico endiosado; hombres de *pelo aplastado* que visten mejor que *lores*, aunque estén, por descontado (y no es por echarles flores), a cual más mal educado.

Pero, eso sí, que uno de esos *reverendísimos quesos* quiera de ti algún favor. ¡Cómo se estruja los sesos cuando te escribe, lector! En su carta manda besos, saludos y otros excesos hasta para el aguador. Escribes a un personaje y la respuesta es segura aunque tu ruego no *encaje* ni en su forma esté a la altura de quien recibe el *mensaje*. Mas no te dé la locura de dirigirte a un salvaje de esos de falsa cultura, de esos sin otra finura que la finura del traje. Si en lo que tú les relates creen no encontrar beneficio, se ponen en *cuatro patas*, y a *rebusnar*, que es su oficio.

Mas ¿contestar? Ni en el caso de deberte mil favores. Con alguna coz, si acaso, como los mulos traidores. Y el colmo de tu *desliz* es dirigirte a una actriz de esas que piden dinero para salir de Alcañiz, pues deben al hostelero más pesetas que en el Ritz gasta un príncipe extranjero. De esas, si perder no quieres sello, papel y paciencia, jamás la respuesta esperes, pues juzgan, en su inconsciencia, que autoriza a esa *indecencia* el hecho de ser mujeres. Y lo más célebre es que hay mucha gente cortés que dice, muy convencida: "No escribas a *Juan Garcés*, que no contesta en su vida." Y Juan Garcés se pasea, y triunfa, y se pavonea lo mismo que un caballero, sin que la humana ralea le coloque en la *atarjea* de su frente este letrero: "A este *animal*, a este *tío* que va tan bien trajeado, debes hacerle el vacío, lo mismo que a un *apestado*. Pues aunque gana *metales*, y aunque en dos pies se le ve, como a los demás mortales, ¡no es hombre, es un *chimpancé* que ignora hasta el *a b c* de los deberes sociales!"

JAVIER DE BURGOS



—Dígame Rosita; ¿se casaría usted con un hombre idiota, pero inmensamente rico?

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Es usted inmensamente rico?

Dib. LLOP.—Valencia.

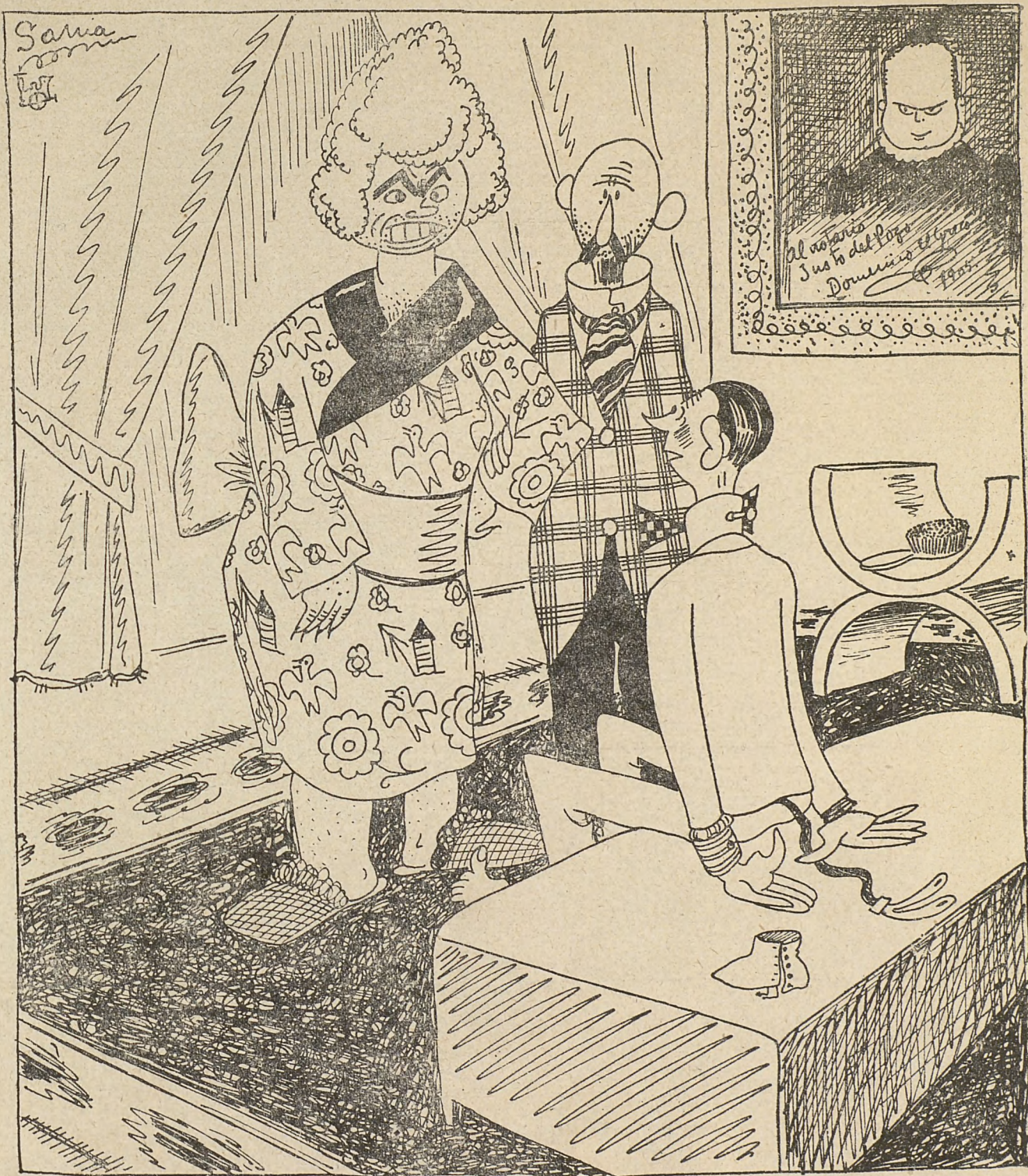


OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL

ES UN PRODUCTO DE
LOS PERFUMES
DE TASARA
BADALONA





AZORAMIENTO

La marquesa.—Pero ¿usted viene a casarse con nuestra hija o con otro objeto?

El joven.—Yo vengo... vengo a casarme con otro objeto.

Dib. SAMA.—Madrid.

LOS BOMBEROS

Estábamos allí unas cuatro o cinco mil personas pasando un rato verdaderamente delicioso. Reunidos en un compacto y apretado grupo que cubría el centro de la amplia avenida y se desparramaba por las calles adyacentes, todos disfrutábamos, sin pensar en marcharnos, y defendiendo esforzadamente nuestro puesto entre codazos, apreturas y patadas, del hermoso espectáculo.

¡Ah, era un bello incendio! Aquel magnífico rascacielos de quince pisos, orgullo de la moderna construcción, que se alzaba como un gigante esbelto y vanguardista entre las panzudas, pachorrudas y pacíficas casas tradicionales cercanas, empezaba a arder por los cuatro costados. Bellas y gráciles columnas de humo, a veces blancas y puras, a ratos negras y carbonosas, se elevaban hacia el claro azul del cielo de aquella mañana otoñal; por las puertas y ventanas se asomaban a ratos, desaparecían, volvían a aparecer preciosas llamas rojas de un espléndido movimiento ondulante y giratorio.

Hacia tiempo que en la ciudad no presenciábamos un tan estupendo espectáculo gratuito. La gente se sentía satisfecha, contenta, y no ocultaba su emocionado regocijo.

—El fuego no ha hecho más que empezar—decía uno—. Dentro de media hora será cuando esté en su apogeo.

—Entonces sí que nos divertiremos

—decían otros—. Y eso que ya la cosa está bastante bien... Miren qué llamas..., qué humo..., qué chispas.

—Es un bello, un hermoso, un magnífico espectáculo—resumíamos todos. Todos los que estábamos en la calle, claro es.

—Sigamos con atención la marcha del espléndido incendio—gritó uno—. Las llamas ya llegan al piso séptimo... Ved cómo arde aquella persiana... Y ahora aquel cortinaje... Todavía no han empezado los hundimientos, pero no tardarán en producirse.

—¡Seguramente—agregó otro—habrá más de cien víctimas!...

Toda la inmensa muchedumbre al oír aquello sintió un escalofrío de placer emocionado.

—¡Qué horror! Lo menos cien han dicho... Las veremos salir, ¿eh? Supongo que no las sacarán por otro sitio, ¿eh? Aunque todo se puede esperar del Ayuntamiento...

—No, no. Las tenemos que ver. Veremos las camillas de la Cruz Roja y los automóviles ambulancias... No faltaba más.

Y todos y cada uno nos ahincábamos en nuestro sitio, dispuestos a no perder ni el más insignificante detalle del espantoso, horroroso y emocionante siniestro.

—¡Mirad, mirad!—gritó alguien—. Los vecinos del piso octavo asoman sus ca-

ras pálidas y trémulas entre el humo que sube del séptimo piso y que ya empieza a asfixiarlos... Pobres vecinos los del piso octavo...

—Hay allí una señora que quiere salvar a un gato... ¡Qué bonito, qué bonito!...

—Y al lado una muchachita sólo con una camisita de dormir.

—Pronto, pronto unos gemelos—vociferó un señor—. No veo bien, no hay derecho a esto. Yo no me entero

—Y aquel hombre que se agarra la cabeza y mira desesperadamente a sus siete hijos...

—¡Oh, qué tragedia, qué hermosa tragedia!...—decía otro señor gordito, sonriendo beatíficamente.

—¿Se tirará alguno por la ventana? Está bastante alto...

—Seguramente se haría migas contra el pavimento.

—¡Oh, qué sublime tragedia!

Bruscamente, alguien gritó a voz en cuello:

—En cuanto empiece a arder la parte izquierda del piso séptimo, arderán unas valiosísimas obras de arte que posee un señor que allí habita. Cuadros de Goya, de Velázquez, de Zurbarán, del Greco, de Murillo.

—También habrá esculturas, ¿verdad?

—También. Y pergaminos, y cofres, y armaduras, y joyas del arte antiguo.

—Ya, ya—exclamó triunfalmente uno—. Ya huele a pintura. ¿No notáis? Huele a pintura quemada, a lienzo quemado...

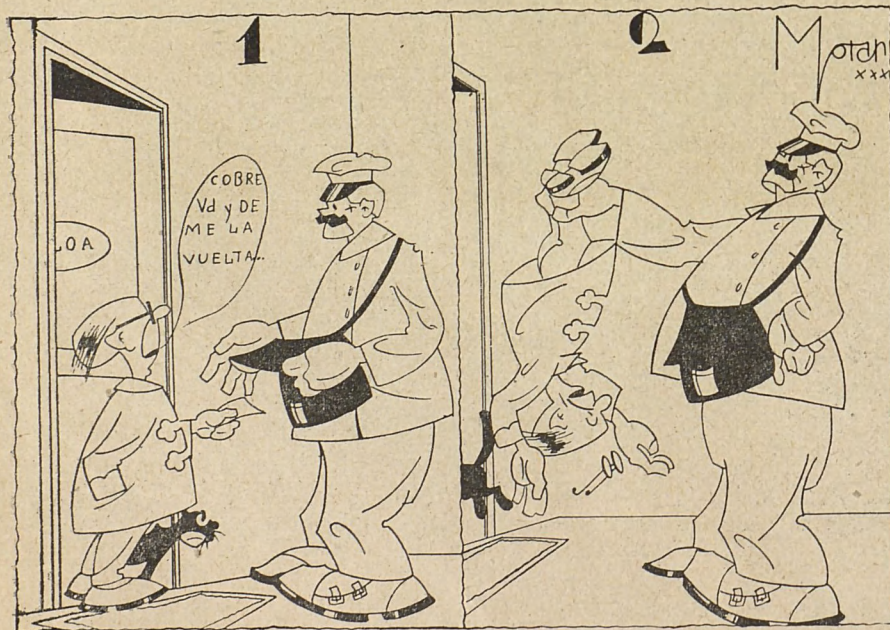
—Es verdad, es verdad. Ahora estarán ardiendo Velázquez y Goya...

—¡Qué tremenda tragedia! ¡Qué pérdidas cuantiosas, incalculables! ¡Qué espantoso drama urbano!—seguía diciendo el señor gordito, que sonreía beatíficamente.

Apretados unos contra otros, en una bulliciosa cordialidad, entre nacientes amistades que se iban formando con el prolongado tacto de codos, entre sonrisas y exclamaciones y cambios de cigarrillos, entre pequeñas discusiones amicales y sin quitar ojo del incendio, estábamos allí los cuatro o cinco mil espectadores pasando un rato de deliciosa emoción... Todo había pasado a segundo término: la oficina, el negocio, la cita, la novia, la Universidad, el taller, la tertulia... Nada podía tener importancia al lado, y en comparación, del bello espectáculo que nos ofrecía el incendio del rascacielos, sabiendo, como sabíamos, que estaban ardiendo hermosas obras de arte y que iba a haber un centenar de víctimas que nosotros veríamos de cerca, muy de cerca, y a las cuales es posible que oyéramos quejarse y gritar y decir que les dolía algo...

¡Venturosa mañana de otoño!

De repente, la expectación, la curiosidad llegó a su colmo, alcanzando el es-



COBRADOR OBEDIENTE

Dib. MORÁN.—Madrid.

pectáculo el momento culminante de máximo interés. Y fué cuando, poco a poco, de boca en boca, empezó a correrse la sensacional noticia, hasta que la supo y conoció y pudo saborearla todo el mundo de espectadores.

—¡En la bohordilla hay dos paralíticos!

—¡No podrán huir! ¡Morirán achicharrados!

—¡No les quedará ni el recurso de tirarse por el balcón!

—Dos paralíticos, dos. ¡Imaginémonos su terror al ver avanzar las llamas destructoras y ellos no poder moverse!...

—¡Qué tragedia! ¡Qué tremenda tragedia!—decía el señor gordito encendiendo un hermoso puro con cara de satisfacción.

Los cuatro o cinco mil espectadores nos frotamos las manos, mientras sentíamos en las espaldas el soplo de lo trágico.

Pero, bruscamente, empezaron a oírse, al principio muy lejos, luego cada vez

más cerca, unas campanas presurosas.

—Tan, tan, tan, talán, talán, tan, talán...

—¡Los bomberos, los bomberos!—rugió la muchedumbre extasiada.

Y, efectivamente, empezaron a llegar las rojas y flamantes autobombas, escalas, cuerdas, bomberos con sus palas y sus picos relucientes al sol como su casco negro, de oro en la parte superior. Sus siluetas empezaron a negrear por entre el humo, apresuradas, colocando mangas, preparando las palas, los picos...

—¡Qué bonito, qué bonito!—gritaban todos.

—Ahora—indicó el señor gordito—es cuando la tragedia entra en su apoteosis. Los bravos y esforzados bomberos van a luchar contra el fuego... Intentarán salvar a los paralíticos... Pero el fuego no se dejará vencer tan fácilmente... Veremos caer por la fachada y estrellarse contra el suelo a unos cuantos de estos beneméritos... Otros morirán asfixiados... Otros arderán hasta el casco... En fin,

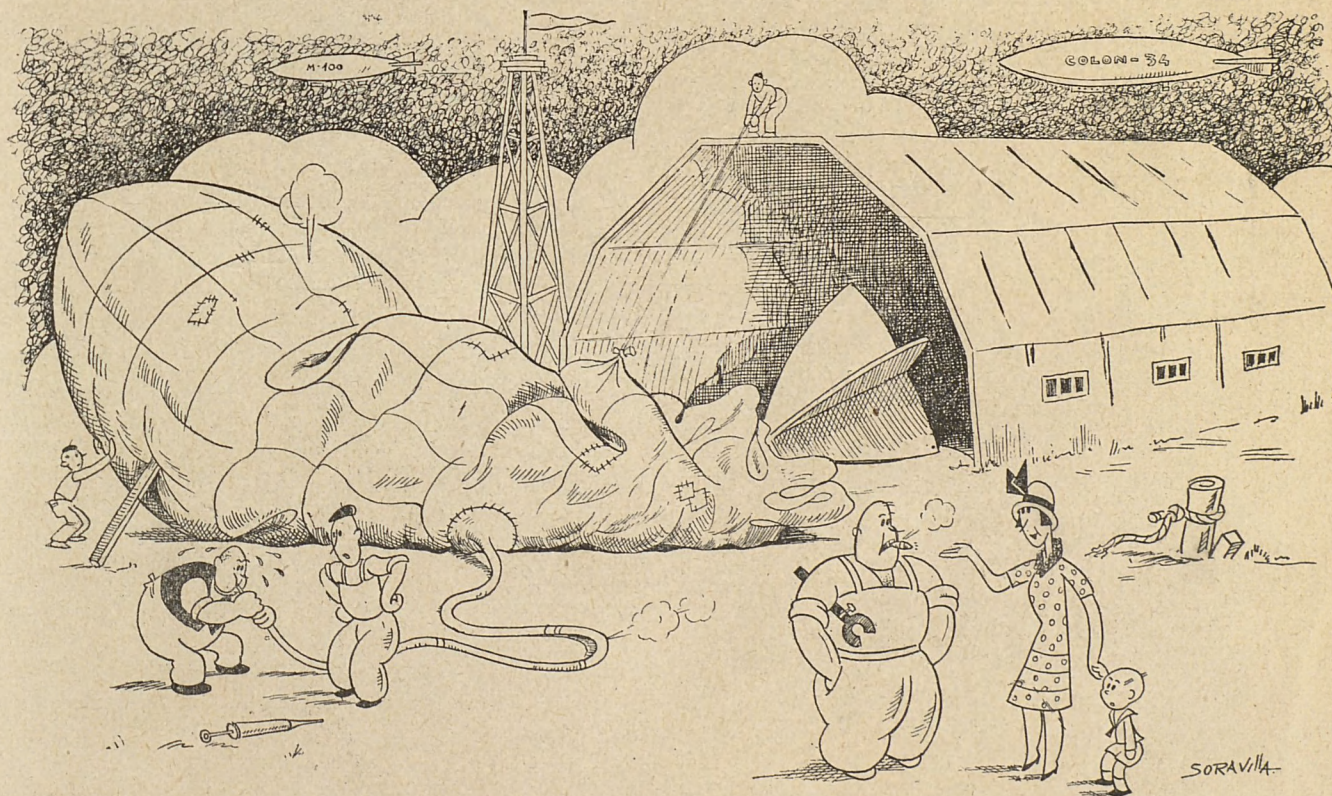
en fin, prepararse, amigos, que esto va bueno...

Pero, sí, sí... Los bomberos no cumplieron con su deber, ni mucho menos. ¿Sabéis lo que hicieron? Pues, tranquilamente, tomaron sus medidas, enchufaron sus mangas y a los diez minutos apagaron el fuego. ¡¡Sí, señores!! Parece mentira, ¿no es eso? Pues es verdad. Apagaron el fuego, aquel fuego tan hermoso, tan bello, tan bonito, con el que nos estábamos divirtiendo tanto cuatro o cinco mil honrados ciudadanos. Ni pudimos ver muertos, ni heridos, ni carbonizados, ni paralíticos por los aires. Se acabó la emoción y el espectáculo.

Al señor gordito le detuvieron porque quiso agredir al jefe de los bomberos. Se lo llevaron pataleante y rugiente...

Creemos sinceramente que esos bomberos son merecedores de acre voto de censura. Se lo merecen por su torpe actuación.

GABRIEL GREINER



—Caballero, ¿me hace usted el favor? ¿En qué almacenes regalan estos globos tan hermosos?

Dib. SORAVILLA.—Madrid.

DEL BUEN HUMOR AJENO

TEDIO POR PIERRE WOLFF

"Son las diez de la noche. En el exterior, cae la nieve. Un señor y una señora permanecen sentados junto a la estufa. Él, aparece hundido en la butaca. Ella, con los codos sobre las rodillas, se sujeta la cabeza con las manos. (Un largo silencio.)"

ÉL (*bostezando*).—¡Dios mío! ¡Cómo me aburro!

ELLA.—¡Y yo también!

ÉL.—¡Tiempo triste!

ELLA.—¡No se puede hacer nada! (*Largo silencio.*)

ÉL.—Efectivamente.

ELLA.—¿Decías?

ÉL.—Estoy muy fastidiado!

ELLA.—No creas que eres tú sólo! (*Largo silencio.*)

ÉL.—La luz baja de tensión...

ELLA.—La Compañía suministra muy mala energía...

ÉL.—Es posible... (*Ambos lanzan un gran suspiro.*)

ELLA.—Haría falta echar un leño a la lumbre.

ÉL.—En efecto.

ELLA.—No tengo ganas de levantarme a cogerle.

ÉL.—Yo, tampoco.

ELLA.—¡Ah!

ÉL.—¿Los criados se han acostado?

ELLA.—Hace tiempo.

ÉL.—Son felices. ¡Pueden dormir!

ELLA.—Quizá.

ÉL.—Si yo me metiese ahora en la cama, tendría que levantarme a las cuatro de la mañana.

ELLA.—Lo comprendo.

ÉL.—¡Santo Dios! ¡Cómo me aburro! Hace seis años estábamos contentos.

ELLA.—Entonces, eramos novios...

ÉL.—¡Qué lejos está aquello!

ELLA.—El tiempo pasa de prisa.

ÉL.—Pero tú sabes que yo te amo todavía.

ELLA.—Y yo también a ti. (*Un silencio.*)

ÉL.—Esta noche estoy abrumado...

ELLA.—Puedes decir: estamos abrumados.

ÉL.—He visto todas las obras de teatro que se representan.

ELLA.—Y yo.

ÉL.—En este mundo, no es todo de color de rosa...

ELLA.—Evidentemente.

ÉL.—Si siquiera tuviésemos hijos...

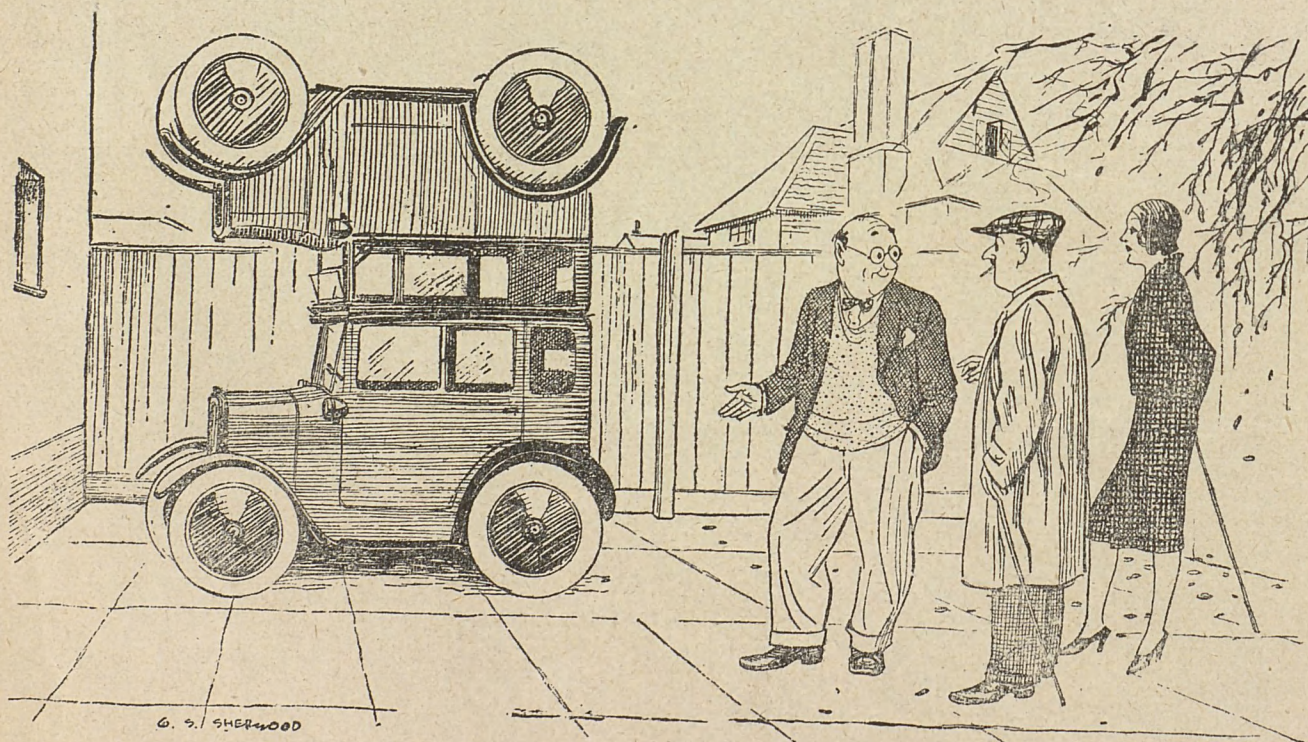
ELLA.—Claro... (*Silencio largo. De pronto, un vivo resplandor ilumina la habitación.*)

ELLA.—¿Qué ocurre?

ÉL.—(*Levantándose y abriendo rápidamente el balcón.*) ¡Oh! ¡Mira!

ELLA.—¡La casa de enfrente está ardiendo! ¡Un incendio!

ÉL.—¡Vaya! Menos mal que nos vamos a divertir un poquito.



—Pero ¿esto qué es?

—Muy sencillo; un invento mío: cuando el coche de abajo tiene una "panne", le doy la vuelta y utilizo el de arriba...

(De The Humorist.)



Correspondencia muy particular



Pepín (Gijón).

Lo que el amigo Pepín ha elaborado en Gijón, es más malo que Caín, en nuestra humilde opinión; y el cesto ha sido, por fin, su lógica conclusión.

V. D. G. (Madrid).—Hemos aceptado, con el exclusivo fin de animarle a usted, uno de los innumerables trabajos ciclopeos que, en un terrorífico y anchuroso sobre, ha tenido usted el valor de enviarnos. Enhorabuena, y a ver si nos esmeramos otra vez un poquillo más.

R. G. T. (Cádiz).

No nos gusta su "Romance", ni nos gusta el "Chascarrillo", ni nos placen los "Retazos", ni nos place el "Sonetito". Es todo la mar de malo, dicho sea con permiso; de modo que usted perdone que lo hagamos pedacitos.

M. F. P. (Zaragoza).—¿Qué es eso de que usted no puede creer que los burros vuelen?... ¿Es que usted, por ejemplo, no sería capaz de montar en un aeroplano, si un amable aviador le invitase a dar una vueltecita por el dulcísimo éter?... ¡Pues, entonces!...

E. G. S. (Madrid).—Está bien la croniquilla, pero no para BUEN HUMOR. Aquí hay que hacer cosas festivas, y esa parece enteramente que se ha hecho en un martes lluvioso y pesimista.

Saldaña (Ciudad Real).

Como aquí a nadie se en-
[gaña,
le digo sinceramente,
ilustre amigo Saldaña,
que eso es lo más indecente
que hasta hoy se ha escrito
[en España.

J. L. C. (Jaén).—Nos vemos obligados a rechazar sus tres artículos; el uno, por cursi; el otro, por "asaúra", y el tercero, porque nos da la gana.

Monreal (Vitoria).

Lo que ha escrito Monreal, con el título "El amor", nos ha parecido mal. Es una cosa fatal, que no puede estar peor.

C. del Espino (Valencia de Alcántara).—Es idiota hasta el cúmulo.

Jenofonte (Madrid).

Sus versos, buen Jenofonte, son de difícil aguante. No es porque esté usted de-
[lante,
pero es "usté" un mastodonte rotundo y recalitrante.

R. P. T. (Alicante).—Los temas políticos, en la cavernosa actualidad que atravesamos, no pueden ser más inoportunos ni más expuestos a una

lamentable contrariedad, que tanto usted como nosotros nos veríamos precisados a llorar con la más escandalosa amargura.

Peñoz (Albacete).

Tres "monos" manda Peñoz, y en vez de admitir los tres o, al menos, admitir "doz", se le acepta uno, después de una duda un poco atroz (en la que el desinterés dejó oír su noble voz).

F. P. C. (San Sebastián).—Su relato marítimo carece de originalidad, carece de gracia y carece de ortografía. Y como nosotros carecemos de benevolencia para poder pasar por alto tantas lamentabilísimas carencias, quiere decirse que no podemos hacer abso-

lutamente nada en obsequio de su literatura.

L. M. C. (Salamanca).—Nos dice usted en la magnífica carta que acompaña a su trabajito:

"No es que yo crea que mi crónica está bien del todo, pero también es cierto que podría estar peor."

Pues está usted lastimosamente equivocado, ilustre amigo. ¡Peor es imposible que esté, porque ha llegado usted al límite de las posibilidades humanas en ese sentido.

P. S. G. (Madrid).—¿De manera que usted es aquel a quien el año pasado le llamamos bruto?... Pues, mire usted, lo deplorable es que hoy nos encontramos ante el enorme compromiso de tenérselo que llamar otra vez.

C. R. M. (Granada).—Como resulta que la mayoría de los lectores de BUEN HUMOR no son sacerdotes, las piadosas liturgias que usted enaltece con su prosa, no tienen lugar adecuado en las columnas, demasiado profanas, de este permanente, contumaz e inmortal semanario.

Jarafuel (Valladolid).

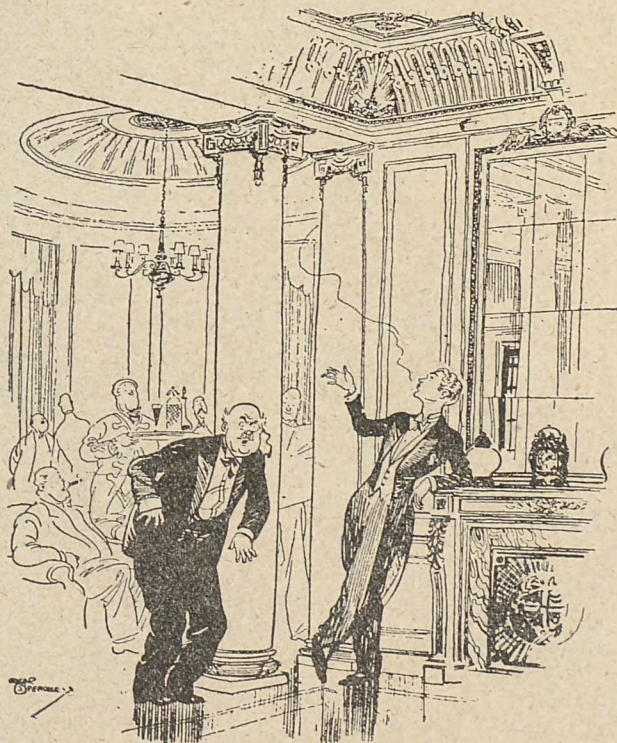
Le aconsejo, Jarafuel, de una manera leal, que no gaste más papel. Es usted muy animal, y ocultárselo es cruel.

Lorenzo Mateu (Palma de Mallorca).

¡Ay, distinguido Lorenzo!
¡Ay, apreciable Mateu!
¿Cómo diablos le convenzo de que le ampare a usted Deu? Porque, con los "monos" que nos ha remitido, somos nosotros los que no podemos ampararle a usted de ninguna manera.

S. V. L. (Barcelona).

Lo que usted, en Barcelona, elaboró con afán, es de las cosas que van derechitas a "Cestona".



—Eres un holgazán, Jorge; no sirves para nada. ¿Qué hubiera sido de ti si tuvieras que vivir como la gente pobre, con el sudor de la frente?

—Me dedicaría a venderles pañuelos de bolsillo...

(De The Passing Show.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes."

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 12

El boxeador:

—Aunque usted lo dude, le doy mi palabra de que soy un púgil de mucha experiencia, un gato viejo del "ring".
—Lo creo.
—¿Por mi palabra?
—No; por sus narices.

Pamplinas (Barcelona).

Entre amigos:

—¡Hola! ¿Quieres venir mañana al cine?
—No, que tengo que ir a nadar.
—¡Ah! Bueno... entonces nada.
Juan Bautista Oché (Barna.).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

Un mozo robusto, colorado y ancho de espaldas se presenta a la Comisión mixta de Reclutamiento pidiendo que le exima del servicio militar.
—¿Por qué?
—Porque padezco desde la niñez...
—Pues no lo parece.
—Pues nada más cierto. Mi cruel, mi incurable enfermedad.
—Entre usted en ese gabinete.
—Es que mi enfermedad...
—¡Obedezca!
El muchacho entra y se ve rodeado de médicos. Le mandan que se desnude; lo ejecuta al pie de la letra, y se queda en cueros.
—Veamos—dice un médico acercándose y palpándolo—. ¿Qué padece usted?
—Soy corto de vista.

Llopis (Jaén).

En una estación de ferrocarril:

El empleado que despacha los billetes es tan burriciego, que no ve un cura en un montón de nieve.

—Tocayo: Déme un billete para Calasparra.

—¿Tocayo? ¿De cuando me conoce a mí?

—¡Yo me llamo Casimiro, y usted casi... no ve!...

Kalamar (Madrid).

En el cuartel:

El sargento.—¿Cómo te falta un botón?

El quinto.—Mi sargento, me se ha caído...

Casa de las Pantallas

Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68.

El sargento.—Pues te le tienes que pegar.

El quinto.—Mi sargento, deme usted un poco de goma para ver si pega.

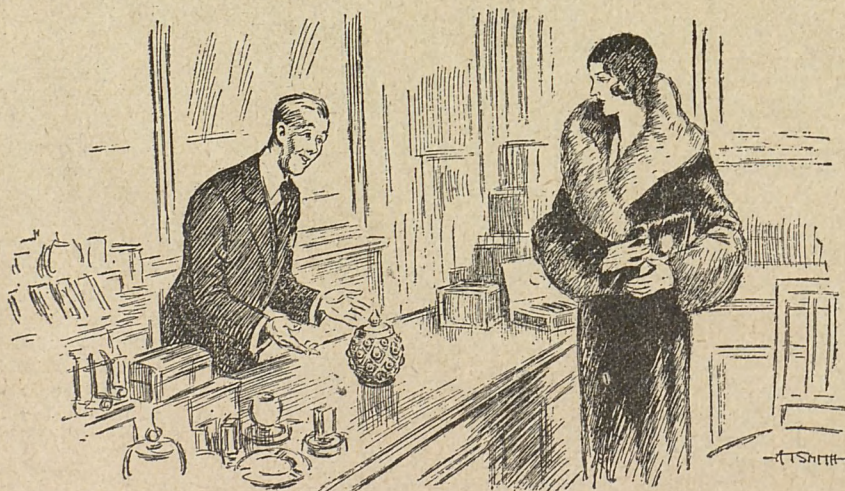
Santiago Esteve.
(Carabanchel Bajo).

A la esposa de un caballero, que acaba de pasar al otro mundo, y que mucho llora, a fin de consolarla, le dice una buena alma:

—Ah, es lástima, pero así es la vida...

Robert Monnereau.
Issy les Moulineaux.
(Francia).

La señora sorprende a la cocinera metiendo los dedos en la salsa para chupárselos después.



—Si le regalo a mi marido este tarro, ¿me lo tira a la cabeza.
—Pero, señora, permítame una explicación: la belleza principal de este tarro para tabaco es la de ser irrompible...

(De Jude.)

BARCELONA

HOTEL PENSION

BEAUSEJOUR FRASCATI

Paseo de Gracia 23
Casi frente Estación
Apeadero de Gracia
Teléfono 20745-46

Lujosas habitaciones
Grandes salones de
reunión con toda cla-
se de servicios Pen-
sion desde Ptas. 17'50
Cubierto, 5 Ptas.

De primer orden pa-
ra familias distingui-
das y extranjeros.
Trato esmerado. Ba-
ños, ascensor, Pen-
sion desde Ptas 12'50.
Cubiertos Ptas. 3'50.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

—¿Cómo es eso?—le dice—
los dedos en la salsa?

—Pero, señora ¿quiere usted
que por tan poca cosa
ensucie una cuchara?

Palmirín (Santander.)

ellos morirán sin necesidad
de pelear.

Y la tercera es, por qué
los hombres son tan insensatos
que van a buscar a las
mujeres, cuando, si dejaran

Un señor entra en un restaurant y al presentarle el camarero el menú ve, con sorpresa, que la mayoría de los platos están hechos a base de lengua de carnero, y le dice al mozo:

—Le advierto, camarero, que yo tengo por costumbre no tomar nunca nada de lo que sale de la boca de los animales, por las enfermedades contagiosas.

Y el mozo le respondió:

—Pues tome el señor un huevo.

A. C. R. M. A. (El Escorial).

—Es un hombre muy vanidoso.

—¿Más que un pavo real?

—Más.

—¿Más que un escritor?

—Más. Más que un pavo real que supiese escribir.

Pitoto (Reus).

En el tiempo de los cuáqueros, uno de ellos pronunció el siguiente sermón:

Tres cosas hay, hermanos míos, que no comprendo: la primera es, por qué los niños son tan insensatos que arrojan piedras y trozos de madera y de ladrillo para hacer caer la fruta de los árboles. Sin que la toquen, la fruta caerá por sí sola.

La segunda es, por qué los hombres son tan insensatos que van a la guerra y se matan entre sí, cuando todos

de hacerlo, las mujeres irían y le pregunta, como burlándose: a buscarlos a ellos.

Vicente de Castro.

(Ciudad Linal).

En una mesa de café:

Un señor forastero en el lugar se dirige a su compañero de mesa, que lleva una pierna y la cabeza vendadas,

—Pero ¿cómo ha sido eso, compadre? ¿Por qué lleva usted vendada la cabeza y la pierna?

A lo que contesta el otro:

—Por hacer como usted. Me metí en lo que no me importaba.

José Gabernet (Tárrega).

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

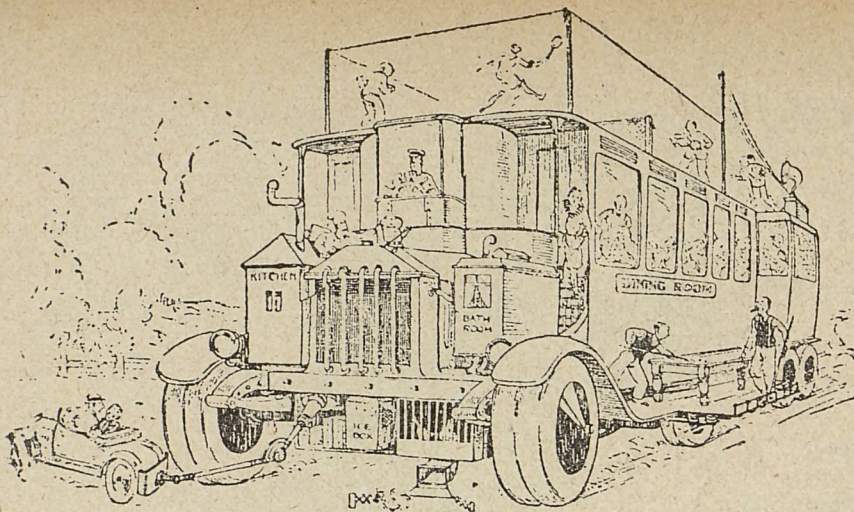
BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pts. una. Se remiten certificadas si al enviar el importe se acompañan 0,30 pesetas.



La doncella del hotel.—Señorita, dice el amo que no tiene despertador; pero que le puede facilitar este reloj de cuco, que, colocado en la habitación, la despertará cada cuarto de hora...

(De Candide.)



Auto de excursión, último modelo.

(De Pele-Mele.)



FIJA, PERO NO ENGRASA

Esta es la principal ventaja del FIJAPELO «VARON DANDY» y el principal defecto de sus imitadores.

ENVASADO EN TUBO, A PTAS. 1'75

perfumería parera badalona

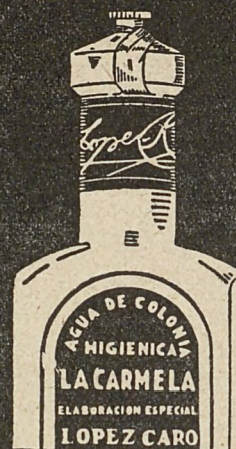
CUPÓN

correspondiente al n.º 477 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar á todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

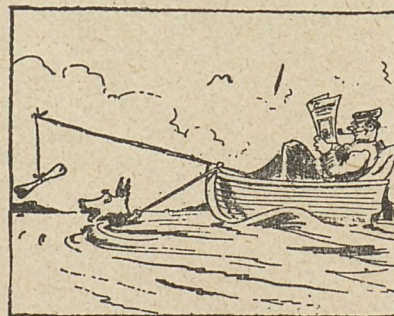
CANAS



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente. Cuidado con las imitaciones. De venta en todas partes.

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA



El señor Smith, hombre de gran ingenio, acaba de inventar un nuevo bote para paseo, sin gasto alguno de gasolina.

(De Hummel. Hamburg.)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—Márchese inmediatamente y mi padre le pedirá a usted una reparación.
—¡Pedirme una reparación, y no sabe que soy casero!

Dib. CUESTA.—París.

Ayuntamiento de Madrid